



Cecilia RIKAP, *Teoría de la dependencia digital. Soberanía y desarrollo en el capitalismo del siglo XXI*. Caja Negra, Buenos Aires, 2026, 240 páginas.

Despojando todo el halo de misterio que suele rodear al tema de la inteligencia artificial y a la economía del conocimiento asociada a él, Cecilia Rikap se propone, en su último libro *Teoría de la Dependencia Digital. Soberanía y Desarrollo en el Capitalismo del Siglo XXI* (Caja Negra Editora, Buenos Aires, 2026, 240 páginas), analizar el predominio de la tecnología digital más avanzada en la economía mundial actual (y, en particular, de la economía argentina) desde la perspectiva y en el marco de la economía política, cuyo núcleo central consiste en responder, sin apelar a verdades inmutables sino buscando explicaciones situadas en las condiciones históricas concretas

bajo análisis, a las preguntas más básicas referidas a las relaciones económicas entre sujetos autónomos: quién produce, qué cosa y para quién. Sin proponérselo explícitamente, las descripciones agudas y abarcadoras que este libro ofrece del funcionamiento de la economía en nuestra era de la información, brinda respuestas más que claras a estas preguntas elementales que intentaremos resumir a continuación.

¿Quién produce? En esta era de la información, el factor productivo decisivo sigue siendo el trabajador colectivo, resaltándose ahora su componente más importante, esto es: su conocimiento e inteligencia (más que la energía y los movimientos corporales, más fáciles

de automatizar). Lo que buscan los modelos estadístico-matemáticos propios de la inteligencia artificial es captar la inteligencia presente en las relaciones laborales —y sociales, en general—, para convertirlos luego en “patrones” que autonomizan tareas cada vez más diversas: reconocimiento de imágenes, traducción de textos, toma de decisiones como las de un conductor automovilístico que viaja por una autopista (en busca de los datos para modelar un automóvil capaz de circular por una autopista sin conductor), etc.

¿Qué cosa? Lo que muestra la inteligencia artificial es que el conocimiento puede automatizarse con tanto éxito como el trabajo manual. Una vez que el conocimiento está automatizado con la ayuda de los modelos de inteligencia artificial, se convierte inmediatamente en una mercancía. El “proceso productivo” de esta peculiar mercancía comienza con el acopio de un volumen inmenso de “datos crudos” de todo tipo (en esto consiste la famosa expresión *Big Data*), extraídos de los trabajadores, consumidores, instituciones públicas y privadas de todo orden. El paso siguiente, consiste en capturar el valor de estos datos a través de su procesamiento y estructuración, lo que convierte a los datos crudos en información y conocimiento (esto es lo que hace la inteligencia artificial), cosificados como objetos que pueden medirse con modelos estadísticos cada vez más sofisticados. Los más avanzados son hoy modelos “generativos” (con aprendizaje automático que surge del intercambio de información con

el entorno), y se construyen con una técnica de auto-organización de la información definida en el marco de las llamadas “redes neuronales artificiales”.¹ Para convertir los datos en mercancía-conocimiento se usan los célebres algoritmos, que no son más que procedimientos finitos de instrucciones para lograr, paso a paso, el resultado buscado (el conocimiento convertido en mercancía), optimizando los recursos con independencia de los datos usados.

¿Para quién? En este punto aparece el aporte quizás más valioso del libro de Cecilia Rikap, que logra mostrar, con mucho talento y con un lenguaje accesible para todo público, el proceso complejo mediante el cual el valor de los datos convertidos en conocimiento es capturado y apropiado por los agentes que participan del ecosistema digital globalizado. Empresas privadas con y sin fines de lucro e instituciones públicas de todo tipo participan de esta maraña de gobiernos, enormes corporaciones privadas, *start-ups*, unicornios, etc., configurando una compleja red de valor que desemboca, por un “efecto de red”, en un régimen oligopólico de extractivismo de conocimiento a escala global. En economía, el llamado efecto de red tiende a concentrar la oferta del servicio en uno o pocos oferentes, puesto que el valor es mayor a medida que más personas usan el servicio, lo que desemboca en un mercado monopolístico u oligopólico; en este caso, un puñado de corporaciones gigantes terminan ejerciendo el control final de toda la cadena de valor

del ecosistema digital en su conjunto. Empresas como *Google*, *Microsoft* y *Amazon* ejercen este control principalmente a través de la propiedad de nubes gigantes, que capturan el efecto de red y funcionan como verdaderos supermercados de tecnologías digitales. Un verdadero cuello de botella convierte a todos los participantes del sistema en dependientes periféricos de este núcleo central estable y jerárquico, que mantiene en condición de subordinados a los inquilinos eternos de las grandes nubes.

Una vez aceptado el presupuesto que asocia linealmente la innovación técnica digital con el crecimiento económico y el progreso social, poco les cuesta a estas corporaciones líderes de este capitalismo digital con dependencia, subsumir en su plan de negocios tanto a la academia propia de las universidades y los centros de investigación (en un acto de verdadera depredación del conocimiento público), como al vasto mundo del *software* libre (usado como señuelo para atrapar usuarios, siguiendo un modelo evangelizador que se encarga de anunciar la buena nueva de la llegada de la inteligencia artificial disponible para todo el mundo). Lo que está en juego es, en realidad, el uso de la tecnología digital más avanzada como arma de gobierno y de control social. Empresas como *Palantir*, que ofrece *software* de espionaje y otros usos militares y policiales, sirve claramente como un ejemplo del peligro que asecha, a todas las democracias

de la actualidad, la predominancia de un discurso tecnocrático como el de Silicon Valley, que pretende desplazar al Estado como instancia de decisiones políticas, reduciéndolo (en el mejor de los casos) a un mecanismo burocrático neutral y despolitizado.

Después de haber rebatido sólidamente la estrategia del presidente argentino Javier Milei para convertir a la inteligencia artificial en uno de los pilares centrales para el crecimiento económico de nuestra economía nacional (su sueño estaría basado en una mentira flagrante: que la inteligencia artificial desata un aumento de productividad mayor al generado por la electricidad; una verdad a medias: que contamos con los recursos humanos suficientes; y un ocultamiento malicioso: esconde la caída del salario real mientras resalta la energía barata, el agua y el frío que son necesarios para el funcionamiento de los centros de datos), Cecilia Rikap concluye su libro resaltando que “es indispensable que los estados cumplan con su responsabilidad de gobernar democráticamente y, desde allí, rompan lazos con las gigantes digitales y resistan a las presiones de sus gobiernos aliados” (p. 233). Una estrategia exactamente opuesta a la que el presidente Milei trabaja intensamente por imponer.

Hugo D. Ferullo

Universidad Nacional de Tucumán
hferullo@herrera.unt.edu.ar

NOTA

- ¹ Friedrich A. Hayek (2011) fue el pionero en la construcción de estos modelos neuronales artificiales. En su caso, lo que buscaba era mostrar que un “orden espontáneo” surge de los datos que proveen los mercados (los precios), en cualquier contexto social o político.

BIBLIOGRAFÍA

- HAYEK, F. A. (2011). *El orden sensorial. Los fundamentos de la psicología teórica*. Unión Editorial.